

Las ventajas de la condición minoritaria

Hans Magnus Enzensberger

Traducción de Aurelio Asiain

El mero hecho de que exista la "literatura difícil", que sobreviva en un mundo enormemente indiferente, es un pequeño milagro. Y a menos que uno sea un profeta o un visionario, embarcarse en una discusión sobre los milagros entraña ciertos riesgos.

Ante todo, hay unos cuantos problemas de definición. ¿Qué es exactamente un milagro? ¿Es posible decir qué es lo que en rigor se entiende por "literatura difícil"? El hecho de que pongamos entre comillas el término de nuestro debate es una indicación de que en realidad no podemos definirlo. Tanto mejor. Creo que intuimos más o menos bien lo que tenemos en mente. Aun así, deberíamos cuidarnos de unas cuantas tentaciones inherentes a nuestro tema. Enumeraré cuatro de ellas: el provincianismo, la generalización, la confusión y la autocompasión.

Los escritores viven en mundos diferentes. La única estructura universal de nuestra civilización es probablemente el mercado mundial, encarnado por entidades como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. El resto de nuestras instituciones en apariencia mundiales es enormemente ilusorio. Hasta organizaciones como las Naciones Unidas y el Pen Club tienen un aire ligeramente imaginario. No hay forma, simple y sencillamente, en que la vida en Camboya o Perú pueda compararse con nuestras rutinas cotidianas en Estocolmo o Zúrich. Hay que tener en cuenta esta diferencia elemental, sea lo que fuere lo que tengamos que decir sobre la condición de la literatura. De ella se sigue que nuestras conclusiones hayan de ser necesariamente provincianas; es decir, que serán válidas sólo en nuestra respectiva parte del mundo.

Pero nuestras afirmaciones sobre el mundo tienden a ser insulsas en un sentido más amplio. Creo que puedo decir honestamente que nunca he oído una frase concluyente sobre la escritura de la que no hubiera podido encontrar inmediatamente un contraejemplo. Es, desde luego, un problema con el que se enfrenta cualquier teoría literaria. Es divertido ver cómo la creación derrota una y otra vez todos los intentos de hacerle frente con sistemas y términos generales, preñándola con alfileres, embalsamándola. La escritura es el reino de la excepción. Basta un verso de un gran poema para desafiar a toda la ciencia literaria.

Hay un tercer riesgo implícito en nuestro intento de encontrarle sentido a la condición de la literatura en el mundo actual, y es un riesgo del que caen presas la mayor parte de los mismos escritores. Es la confusión entre calidad y dificultad, reputación y éxito. Quisiera señalar que estas categorías no están conectadas por ninguna lógica interna. En el mundo de hoy puede verse a todas y cada una de ellas en combinaciones arbitrarias. Hay variables independientes, diría un matemático. Una obra puede ser difícil y mala, famosa pero no leída, de la más alta calidad pero muy bien vendida o al

revés, con todas las permutaciones imaginables. Este estado del problema, en apariencia caótico y del todo accidental, es difícil de entender y difícil de tragar para los escritores individuales que, bastante comprensiblemente, quisieran ver alguna clase de modelo, encontrar algún sentido fuera del torbellino irracional de las fuerzas externas que gobiernan el destino de su obra.

Dado este confuso entorno, es fácil sentirse víctima. Y esta es la cuarta y última tentación de la que haríamos bien en cuidarnos: la tendencia a lamentar la situación del escritor. No puede decirse que sea una inclinación reciente, por supuesto. Los poetas y los escritores tienen la vieja costumbre de lamentarse de su suerte, y generaciones de *Kulturkritik* han hecho todo lo posible por reforzar esas quejas individuales y convertirlas en una acusación general contra la civilización moderna. Puede haber mucho de cierto en todo ello, pero es seguro que una discusión sería de nuestros agravios sólo sea posible si descartamos, ante todo, la parte de autocompasión y vanidad que los desfiguran.

Habida cuenta de todas estas reservas, mi opinión es muy sencilla. La literatura seria, y más aún la "difícil", ha sido, es y probablemente será siempre preocupación e interés apasionado de una minoría. Ello es cierto lo mismo si consideramos su producción que su distribución o su recepción. Lo cual no quiere decir que se trate de una constante histórica. Los cambios que ha sufrido la literatura como institución son enormes; ha servido a propósitos sociales bien diferentes y ha desempeñado toda clase de papeles. Ha sido usada como memoria colectiva y aun como recurso mnemotécnico, como instrumento de rituales políticos y religiosos, como vehículo didáctico, etc... Pero si hacemos a un lado la tradición oral y nos ocupamos de la literatura tal como la conocemos, es decir como *escritura*, estamos obligados a decir que nunca ha sido una cosa que interese a todos. Los clásicos de la antigüedad eran leídos por una pequeña minoría, y lo mismo puede decirse de los grandes escritores de la Edad Media, el Renacimiento y todos los Siglos de Oro que hayan seguido.

En el siglo dieciocho, los profetas de la Ilustración empezaron a poner en tela de juicio la posesión exclusiva de la Alta Cultura por los pocos privilegiados. Sus demandas de emancipación fueron seguidas de una campaña sin precedente por la educación general en Europa y Norteamérica y de un intento de erradicar el analfabetismo, motivado principalmente por la necesidad que tenía la industria de una fuerza de trabajo mejor educada. Los escritores y los editores se enfrentaron por primera vez con la perspectiva de un vasto público lector y la novela se convirtió en un medio popular que llegaba a millones de personas. El movimiento obrero tomó la campaña de educación y la politizó, y algunos socialdemócratas

bienintencionados acuñaron consignas como *Wissen ist Macht* y *Kultur für Alle*. Luego de un siglo, es forzoso concluir que esos programas se basaban en una ilusión.

Por un lado, hay que decir que en los países industrializados de Occidente se han roto las barreras de clase que impedían el acceso a la Alta Cultura. Técnica y económicamente, la gran mayoría de la población tiene ahora la posibilidad de acceder a casi cualquier obra literaria valiosa que se haya escrito, de los clásicos chinos a los últimos libros de poesía. La mayor parte de esos libros pueden conseguirse en ediciones de bolsillo baratas.

De todos modos, la misma gran mayoría ha declinado firmemente hacer uso de esa oferta, para enorme consternación de los pedagogos, los editores, los escritores y los críticos de la cultura. Es obvio que los reformistas del siglo diecinueve sobreestimaron la atracción de la Alta Cultura. El enorme éxito de la imprenta ha resultado ser una especie de *fata morgana*, un breve interludio en la historia de los medios. En retrospectiva, es fácil ver que el interés generado por la novela popular fue incidental; no indicaba una inclinación más profunda de las "masas" a conquistar, por así decirlo, las imponentes cumbres de la Cultura, y la atracción de la novela comenzó a disminuir tan pronto como el cine y la televisión ofrecieron una alternativa a la lectura. No podemos culpar al público. En el celo de los educadores hay siempre un tono autoritario, una pizca de condescendencia; y, llevado al extremo, el intento de los intelectuales de mejorar a la humanidad puede convertirlos en "ingenieros del alma" y acabar en el terror puro. Una cosa es garantizarle a todos una oportunidad, una *entrée* a la Alta Cultura, y otra muy distinta hacérsela tragar por la fuerza a la gente.

Lo cual no quiere decir que haya sido inútil el esfuerzo del siglo diecinueve para darle, digámoslo así, el sufragio cultural universal a la gente. Al contrario: condujo a dar un paso enteramente nuevo en la evolución del espíritu. Por primera vez en la historia, la Alta Cultura dejó de ser un fenómeno de clase. En términos de categoría social, ya no hay ninguna diferencia en que a uno le guste Schoenberg o Michael Jackson. Hay taxistas desempleados que conocen bien a Dante y a Proust, y políticos y banqueros de alto rango que son prácticamente iliterados. Según se mire, puede verse como un síntoma de depravación o como un grado de libertad sin precedente. No necesito decir que prefiero el segundo punto de vista.

No todos creyeron en el breve noviazgo entre el Pueblo y el Libro, ni siquiera durante su apogeo. Fue una ilusión compartida mucho más por los reformistas y los editores que por los poetas y los escritores. Muy pronto los románticos colocaron a los filisteos como objeto favorito de su odio, y durante el siglo diecinueve el burgués llegó a ser el primer blanco de la agresión cultural. Stendhal dedicó su obra a *the happy few*, y desde entonces la noción de "literatura difícil" ha seguido un curso problemático. Para autores como Flaubert o Baudelaire, era problema de su orgullo artístico ser difíciles, no complacer al gusto popular y, desde luego, proteger a su obra contra la intrusión de los valores comerciales. Con el surgimiento de la industria cultural la actitud elitista se volvió cada vez más radical, y cada vez más escritores se vieron a sí mismos como forajidos sociales. En muchos círculos de vanguardia el éxito fue visto como un signo indudable de corrupción

artística. De la *bobème* a los expresionistas, de Strindberg a Dadá, los escritores pudieron considerarse por encima de una estólida clase media, su archienemiga, y verse a sí mismos como *the unbappy few* que hallaban cierto consuelo en su propia falta de popularidad. A fines del siglo veinte, como sea, ni siquiera esta estrategia elitista parece prometer mucho. El aislamiento actual de la "literatura difícil" no tiene nada de aristocrático ni de maravilloso, y su efecto agresivo ha perdido la fuerza. Hoy cualquier transgresión imaginable encontrará un público minoritario pero agradecido, mayormente en la despreciada clase media que, si se le preguntara por su reacción, repondería alegremente que los insultos que se le lanzaron la hicieron pensar, mientras que al resto de la población todo el asunto no le parecería sino una muestra más de insensatez. Al llamado pensamiento subversivo se le dan rutinariamente en arrendamiento nuestras universidades de provincia, los mordaces ataques a nuestro orden social se muestran en la televisión en las horas de gran audiencia y los ritos históricos de Muerte Revolución Terror Incesto Aniquilación se celebran en los teatros municipales ante plácidos contribuyentes. Muchos escritores, atrapados por la vieja lógica de la provocación, responden a esta insoportable tolerancia aumentando la dosis, pero los resultados no son alentadores. El problema es que para volver a representar el heroico espectáculo de la rebelión cultural hace falta tener a un genio como personaje principal. Por supuesto, hay toda una multitud de personajes que aspiran a ese papel, pero se ven cada vez más como comparsas. Van rompiéndolo todo como es debido, pero nos dejan con la impresión de que el alboroto es antes que nada en provecho de los medios. Se nos llama a admirar Nibelungos de cartón, monstruosidades a vuelta de correo y berrinches facsimilares. Total, que el arrebatado se ha resuelto en rutina y la mediocridad ha alcanzado a sus colegas. Se ha vendido de la Alta Cultura asimilándola.

Así, parecería que la literatura "seria" o "difícil" estuviera arrinconada por fuera, debido a la indiferencia de la gran mayoría de la gente, y por dentro, debido a que se representa con cada vez más fatuidad sus propias fantasías. Lo mismo el silencio ensordecedor que el ruido ensordecedor se han resuelto, si no me equivoco, en cierta pérdida de brío. Y por si todo ello no bastara, hay un tercer elemento que contribuye al sentimiento de que el escritor serio pertenece a una especie en peligro de extinción: la pérdida de centralidad.

No se trata de un problema literario. La cuestión va mucho más allá de nuestro tema y no puedo tratarla adecuadamente en nuestro contexto. Mi tesis es que vivimos en una sociedad acéfala. El término se usa en la antropología para describir a civilizaciones prehistóricas sin una estructura jerárquica bien definida. La mera idea de semejante organización social va en contra de nuestras tradiciones. En Europa por lo menos, la sociedad ha sido siempre como una suerte de organismo cuyo modelo es el cuerpo humano, con el gobierno, la cabeza del Estado, como centro simbólico al que corresponde el poder de controlar, prever, decidir y dirigir. Creo que en una sociedad del tipo de la nuestra tal cerebro central decisivo ya no existe. En cambio, tenemos un sistema nervioso muy complejo, una red autorregulada a la que ya no puede controlar un centro omnisciente y todopoderoso. Esa es la razón por la cual los políticos ya no se hacen

Serge Jolimeau, *Desesperación de un espíritu diabólico.*

acreedores al respeto y la deferencia usuales en el pasado, y por la cual el Estado ha perdido inevitablemente su misterio. No se lo ve más que como otra institución aburrida y su condición casi metafísica se ha desvanecido para siempre.

Insisto en esta pequeña digresión porque veo una analogía con otra institución que nos es más cara. Me parece que la Alta Cultura ha sufrido una pérdida de categoría semejante, como institución. Como el Estado, ha experimentado una secularización radical y perdido su hegemonía, su centralidad. El cuerpo social ya no sigue sus directrices. Ello no significa, por supuesto, que la Alta Cultura no cuente, que carezca de influencia, que se pueda prescindir de ella. Pero, en comparación con su posición tradicional, ha sufrido una seria pérdida de autoridad y debe aprender a vivir así. A la *intelligentsia* en general, y a los escritores en particular, no les resulta fácil acomodarse a esta situación, enteramente nueva, que muchos de nosotros no acabamos de entender. Nos encontramos ante un cambio cualitativo, que puede ser más difícil de aceptar que las presiones cuantitativas del mercado.

En mi breve memorandum he tratado de resumir algunas de las circunstancias principales con que tropieza hoy la literatura "difícil" o "seria". Quizá parezcan indicar una visión pesimista, pero no hay que apresurarse. Para no volver a los lugares comunes de la crítica cultural, ¿puedo sugerir que veamos la otra cara de la moneda? Debo confesar que tengo una sensación de alivio cuando pienso en la pérdida de autoridad de la literatura. Había que pagar un alto precio por la centralidad de la Alta Cultura. Su posición tradicional en la sociedad tenía, inevitablemente, implicaciones ideológicas. El escritor serio se encontraba agobiado por toda suerte de responsabilidades. Lo quisiera o no, era considerado como un profeta para todo. Cada vez que una sociedad aspiraba a convertirse en nación hacía falta un padre fundador espiritual, e invariablemente era un poeta el que debía desempeñar ese papel. En los conflictos sociales de todo tipo, la colectividad se volvía hacia el escritor para pedirle que hablara en su nombre. No deseo negar los méritos de Mickiewicz y Sevcenko, o los

de Gorki y Sartre. Lo que quiero decir es que los papeles públicos que se les atribuyeron tuvieron una influencia decisiva en su creatividad. Y por supuesto que otros talentos, quizá menores, se esterilizaron y se corrompieron jugando a todas esas profesiones llamadas *Gewissen der Nation, engagement, great patriot, revolutionary patriot*, abanderado de esto o aquello, heraldo o voz o portavoz de cualquier ideología que resultara dominante en el momento.

Con la relativa pérdida de autoridad de la institución literaria, la mayor parte de los supuestos subyacentes a tales papeles y actitudes se han derrumbado. ¿Quién va a decirnos que es en detrimento de la literatura seria? Ciertamente puede ser que el poeta ya no sea reverenciado por la colectividad como un salvador o un sabio; pero, por otro lado, estará claro que su trabajo nada tiene que ver con la propaganda, que no debe salvar a la humanidad, el proletariado o la bandera nacional: que su trabajo es escribir, escribir una literatura que puede resultar "seria" o aun "difícil". En una sociedad acéfala, la gente puede hablarse claro a sí misma; no necesita al poeta como guardián o como líder. Es lo mejor, quiero pensar, para el escritor y su obra.

No es la única ventaja que puede ofrecer una situación minoritaria. En cierto sentido, el tamaño nos vuelve vulnerables. Lo mismo vale para la política que para el mundo de la economía. Los grandes imperios pierden flexibilidad. Su libertad de movimiento es muy limitada y su capacidad de innovación es mínima. En términos culturales, la mayor parte de lo que se produce pensando en un público mayoritario tiene una vida muy corta y está muy sujeta a los vaivenes de la moda. Por otra parte, las minorías son extremadamente tenaces. Los datos históricos son concluyentes: hasta las poblaciones muy pequeñas, siempre que tengan un sentido de sus propósitos y una fuerte identidad, son muy difíciles de eliminar; se necesita, en realidad, mucha fuerza bruta para hacerlas a un lado. Hasta donde puedo ver, nadie se propone reunir la energía criminal suficiente para asesinar a la tribu de los escritores "difíciles".

Podrían ustedes objetar que la premeditación no es el problema; que la existencia de la literatura está amenazada no por la censura o la violencia sino por la mano invisible del mercado y la indiferencia de los medios de comunicación. Por supuesto que es cierto. Pero, una vez más, consideremos el otro lado de la moneda. Quiero decir que los escritores están, en términos económicos, en una posición más bien privilegiada. En comparación con las otras artes, la nuestra disfruta de una libertad que las otras apenas imaginan. Para montar una ópera, producir un ballet o hacer una película se necesita reunir un presupuesto de millones. Para escribir un poema, se necesita un lápiz y una hoja de papel; para publicarlo, mil dólares son más que suficientes. En caso necesario, puede hacerse en la fotocopidora de la esquina por el precio de una pizza.

Más aún: la poesía es el único producto humano que ha resistido todos los intentos de mercantilización. Esta misteriosa inmunidad tiene también dos caras, por supuesto. Para la mayoría de los poetas no se trata más que de una triste realidad de la vida. Por famoso o bien publicitado que sea, un poeta no podrá nunca vivir de su trabajo. Luego de haber publicado unos cuantos volúmenes y de haberse ganado ya una

reputación, Gottfried Benn consideró sus quince años de trabajo y dijo: "He contado hasta el último centavo todo lo que he ganado con libros y artículos: suma exactamente novecientos setenta y cinco marcos. Nada que ver con los sueldos de los editores, los agentes teatrales, los presidentes de los bancos, los miembros del parlamento: con sólo pensar en el cantante de ópera que hace de Wotan en Karlsruhe, como dizque Gran Mente de nuestra Era, salgo más bien perdiendo, con un ingreso de cuatro marcos cincuenta... En realidad, no me quejo. Me alcanza para los cerillos."

Por supuesto que, en un sentido sociológico, Gottfried Benn no era un escritor. Igual que William Carlos Williams, se ganaba la vida como médico. Para un escritor serio, tener otro trabajo es más bien una regla que una excepción. Como profesión, la literatura está llena de escollos y de paradojas. Mi país, si puedo ponerlo como ejemplo, es más bien rico y ofrece, en comparación, buenas condiciones al ramo de la escritura: nadie sabe con exactitud cuánta es la gente que se dice escritor en Alemania. Se calcula que entre ocho y doce mil, pero no son más de cien o algo así los que pueden vivir de su producción, que resulta consistir sobre todo en guiones de televisión, libros ilustrados y guías de viaje. Las obras literarias en sentido estricto, "serias" o "difíciles", son el modo de vida de no más de una docena de personas. De nuevo, puede ser que esto suene más bien descorazonador; de nuevo, me niego a sentirme intimidado por las estadísticas. Recordemos que hace no más de 150 años que la literatura es una profesión madura y regularmente remunerada y que ello no impidió, sin embargo, que los escritores del pasado produjeran el conjunto de obras a las que llamamos literatura mundial. La profesionalización del gremio de los escritores ha sido, en el mejor de los casos, una bendición ambigua. Y aun en nuestro siglo muchos de los de veras mejores han optado por una clase peculiar de oscuridad: prosistas de primera importancia, como Kafka, Bruno Schulz, Céline, Joyce y Singer, y poetas como Cavafis, Vallejo, Ekelöf, Nelly Sachs y Celan.

No me gustaría ser mal entendido. Tendría que estar loco para argüir que la pobreza es buena para los poetas. Tampoco creo que la virtud cristiana de la humildad sea de mucha ayuda. Los escritores que he citado sabían exactamente a dónde querían llegar, y me parece que tenían muy buena idea de su propia valía. Pero contaban, como el mago Merlín, con un dispositivo protector que los volvía en cierta medida invisibles e inmunes a las presiones del mercado. Y si nos ponemos a pensar por un momento en la idiotez rampante del mercado del arte, la conclusión es bastante clara. Es una realidad que no hay que deplorar sino de la que hay que alegrarse. Es una garantía de la libertad del escritor y un privilegio del que enorgullecerse.

Es posible que se pregunten qué sigue en mi meditación. ¿No hay consecuencias prácticas que indicar, ni demandas que hacer, ni formas visibles de aumentar la porción de literatura "difícil" en nuestra parte del mundo?

Responder a esta pregunta supone cambiar de perspectiva. Hasta ahora he considerado el problema desde un solo lado: desde el punto de vista del autor. Como pueden haber deducido, creo que puede valerse por sí mismo, que no es, a mi modo de ver, el pariente pobre del sistema social o el cliente desvalido de una burocracia más o menos benévola. Uno de

los rasgos característicos de la literatura está en su enorme insensibilidad a los estímulos económicos. La producción no mejorará necesariamente si se le destina más dinero. En este aspecto es diferente de la industria del automóvil o de la electrónica, en la que es casi seguro que un alto gasto de fondos para la investigación y el desarrollo no tardará en producir resultados. No hay forma en que la producción literaria pueda organizarse desde fuera; simple y sencillamente, está más allá de la competencia de los ministerios, las asociaciones y los comités de escritores. Agregaré, una vez más, que no quiero parecer puritano. No estoy en contra de la beca ocasional, el raro golpe de suerte, la herencia inesperada, el premio caído del cielo. Lo que digo es que no hay forma de resolver el problema del escritor normativamente, que sería fatal para él depender del Estado para su subsistencia o cambiar su "difícil" libertad por una cómoda pensión.

¿Significa todo esto que el sistema político tiene derecho a ignorar a la literatura, o que una política cultural coherente no es necesaria? Al contrario, pueden encontrarse buenos argumentos en favor de esa política. Pero si se quiere definir sus obligaciones y sus límites, es necesario cambiar de perspectiva. El cuerpo político es responsable no de la sobrevivencia del escritor individual sino de la protección del entorno cultural. La actividad literaria no es un pasatiempo personal, es un sistema ecológico que debe salvaguardarse contra las fuerzas ciegas que lo amenazan por todos lados. Puede ser apropiada una comparación con otra actividad minoritaria, la agricultura. Se entiende generalmente que la capacidad para aumentar los alimentos debe preservarse, aun si los granjeros contribuyen sólo con una pequeña parte al grueso del producto nacional. Como hemos visto en las últimas décadas, se trata de un negocio tan costoso como problemático. Los enormes subsidios que se dan al sector agrícola han traído muchas consecuencias imprevistas: sobreproducción, desgaste, corrupción y daño ecológico. Y sin embargo, nadie aboga por la abolición de los cultivos. Son y seguirán siendo parte necesaria de nuestra cultura, y lo mismo puede decirse de la literatura.

Por lo tanto, el Estado es responsable no de la producción de obras literarias o del sustento de los autores, sino de la infraestructura pública de la lectura. En nuestra parte del mundo, las autoridades están obligadas a garantizar el abastecimiento de agua potable y a mantener un sistema de alcantarillado. Me gusta ver al Estado vestido de plomero. Debería adoptar un papel similar en relación con la vida cultural en general y con la literatura en particular. Los lectores de literatura "seria" o "difícil" pueden ser una pequeña minoría, pero eso no quiere decir que no cuenten. La supervivencia de las minorías es un problema de vida o muerte social. Una política cultural que valga la pena no tratará de hacer felices a los escritores —que podemos muy bien luchar por nosotros mismos—; mantendrá abiertas las líneas vitales, dará dinero a las bibliotecas, aprobará buenas leyes de derecho de autor, subsidiará las traducciones, permitirá que la venta y compra de libros estén libres de impuestos, alentará la industria del libro y asegurará que todos los ciudadanos tengan acceso a la literatura de todo tipo, incluso la más difícil. Eso es todo, creo, lo que debemos pedirles a los políticos. Por mi parte, lo único que quiero de ellos es que me dejen en paz. □